

abierta, y pertenecía á un frutero, quien, viéndole tan cansado, le ofreció algunas tajadas de sandía para que se refrescase. Comió una, y entonces volvió á acometerle un vago sentimiento de que se hallaba en peligro de idolatría, pareciéndole que debía protestar y no permanecer espuesto á la tentacion. Así, despues de pagar al frutero, continuó su marcha. Aquel rato de descanso, la frescura de la fruta y la constante sombra que la estrecha calle le proporcionaba, calmaron su fiebre, y reanimándole por el momento, pudo seguir caminando, aunque con bastante languidez. Sin embargo, el sol estaba aun muy alto en un cielo que no empañaba la mas leve nubecilla, y cuando Agelio dejó la ciudad se vió espuesto de nuevo al ardor de sus rayos. Con mucho trabajo subió la cuesta que conducia á su cabaña; y ya estaba casi á la puerta de ésta, cuando el esclavo anciano que le servia, cristiano como él, y que habia nacido en casa de su padre, salió á recibirle. A su vista se sintió atacado de vértigo, perdió otra vez el conocimiento, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPITULO XIII.

Jucundo estaba satisfecho á la par que disgustado por el éxito de la delicada negociacion en que habia comprometido á su sobrino. Alegrábase al ver que el malogro de la empresa no debia, bajo ningun concepto, atribuirse á Agelio, el cual habia desempeñado su papel sin temblar, confirmándose de este modo en el juicio que tenia formado de la disposicion de espíritu del jóven. Agelio no le inspiraba, pues, temores; y aunque se habia engañado al prometerse su adhesion al actual órden de cosas, sin embargo, deduciase del curso del negocio que, aun sin esta adhesion, podia tener confianza en su sobrino. Por otra parte, faltaba saber si una jóven caprichosa como Calista hubiera sido capaz de proporcionarle alguna bien permanente. Es cierto que la idea absurda que la suponía inclinada al cristianismo, habia quedado desmentida por su conducta en aquella ocasion; pero ¿quién se fiaria en una Griega astuta y diestra en toda clase de artificios? Abundaban las sociedades secretas y las cons-

piraciones, y entonces, ó mas adelante, hubiera podido Calista envolver á aquel débil é inocente jóven en algun trance contra el gobierno, ó indisponerle con su tio, ó engañarle de un modo ú otro si hubiese consentido en admitirle por su esclavo. Inútil era tratar ahora de averiguar por qué habia desechado á tan digno pretendiente; quizá la altiva ó codiciosa Griega exigia que ofreciese mas en premio de sus favores; y dado que la negociacion tomase ese giro, habria entonces una prueba aun mas satisfactoria de haber roto Agelio con su fantástica y pueril supersticion.

Sin embargo, Jucundo no dejaba de sentir cierta ansiedad, ahora sobre todo que se hablaba de llevar á efecto las severas medidas decretadas contra los cristianos. Es verdad que en Sicca, excepto la publicacion del edicto, nada se habia hecho, ni se haria probablemente; pero, á lo menos, era preciso salvar las apariencias; y él hubiera deseado que algunos de entre el vulgo, contra quienes existiesen medias sospechas de cristianismo, arrostrasen el tormento y la muerte. Dos ó tres bastaban; pero el gobierno central dudaria del celo y acti-

vidad de la magistratura si no se perseguia á los cristianos. Era no obstante cuestionable, si el rigor ejercido en Cartago y en otros puntos no seria suficiente, aunque en las ciudades de menor importancia nada se hiciera. A lo menos, mientras el pueblo estaba tranquilo, no habia para qué apresurarse á emplear la severidad. En Sicca faltaban hombres ricos, capaces de tentar la codicia del denunciador ó del magistrado; faltaban partidarios políticos que se hubiesen granjeado enemigos en tal ó cual clase de la sociedad. Pero, suponiendo que se despertase un sentimiento malo en el vulgo; suponiendo que los magistrados tuviesen enemigos y rivales (¿qué hombre constituido en poder no los tiene?) rivales que se alegrasen de encontrar pié para indisponerlos con Roma, no cabia duda de que Agelio era casi la única victima elegible. Jucundo no deseaba ningun mal á Calista; pero si se necesitaba apoderarse de un cristiano *in terrorem*, queria que la eleccion recayese en una persona como ella, sin conexiones de familia ni casa, mas bien que en el individuo de una familia decente de Sicca, cuya buena reputacion

paderia en virtud de semejante catástrofe. Sin embargo, Calista *no era* cristiana, y Agelio *lo era*; á lo menos, tal profesaba ser; y Jucundo temia que Juba hubiese acertado en el juicio emitido acerca del carácter de su hermano. Juba habia dicho que la indolencia y facilidad en ceder que mostraba Agelio ordinariamente, podrian convertirse en invencible obstinacion, y Jucundo temblaba al considerar que, si se le acusaba demasiado duramente de cristiano, amenazándole con el castigo en caso de que no renunciase á su religion, no era difícil que se rebelase contra la tiránica orden y se dejara prender y conducir al suplicio por mera terquedad ó por pundonor.

Luchando con tales dudas, le pareció lo mas acertado el siguiente plan, que elaboraba en su mente hacia algun tiempo. Mientras el edicto permaneciese sin cumplirse como hasta allí, nada resolveria y dejaria á Agelio entregado á sus ocupaciones campestres, propias para tenerle alejado de los negocios. Pero al menor asomo de agitacion en el pueblo, ó de movimiento por parte de la magistratura, se apoderaria de su sobrino y

á la fuerza le encerraria en su casa en Sicca. Esperaba que, vista su juventud y sencillez, no le faltaria el necesario influjo con las autoridades municipales, en el pretorio ó en el campamento (porque el campamento y el pretorio estaban bajo diferentes jurisdicciones en el Proconsulado) para preservar á Agelio de una investigacion pública acerca de sus principios religiosos; ó si esto no era posible, le sacaria clandestinamente de la ciudad. Estaba dispuesto á afirmar del modo mas solemne que su sobrino no era cristiano; pero que padecia desarreglo mental, hallándose atacado de una especie de hidrofobia, digna de llamar la atencion de los discípulos de Galeno, y que le daban convulsiones á la vista de un altar. Su padre habia sido, á la verdad, un perverso ateo (nada perjudicaba mostrarse irritado con el difunto); pero era muy duro que Agelio pagase culpas que no habia cometido. Y en caso de debérsele juzgar por las acciones de sus padres, ¿por qué no habrian de valerle la acrisolada lealtad y la religiosidad de su madre, celosísima anciana, que gozaba de alta reputacion en los alrededores de Sicca por su

ciencia teúrgica, y que era además fiel amiga del gobierno imperial, el cual le debía importantes noticias, y enemiga declarada de los cristianos? Tal era el plan de conducta que Jucundo se había propuesto seguir, antes de saber la grave enfermedad de su sobrino; esto es, pasados algunos días, pues no había querido ir á verle de pronto, primero, porque no se le supusiese en comunicacion con él; y segundo, porque se cuidaba poco de esa especie de generosidad romanesca que no teme contraer el contagio á trueque de cumplir las absurdas ceremonias de la política.

De este modo se preparó Jucundo á hacer frente al estado actual de los negocios, previniendo además los azares de lo porvenir. En cuanto á Ariston, tenía poquísimo interés personal en el asunto. Su hermana hubiera podido contrariarle en materias que le tocaban más de cerca que la emancipacion moral de Agelio; y como Calista se conformaba en general á sus inspiraciones y deseos, cualesquiera que fuesen, Ariston no la negó esta vez la libertad de obrar. Además de que el incidente ocurrido con Agelio no había causado grande efecto

en la jóven; la cual, habiendo perdido el derecho de indignarse por la conducta de su hermano, se resignó, ó más bien se abandonó á su destino. En la conversacion con Agelio salieron á relucir sus mejores, pero no sus habituales sentimientos. Aunque cansada del mundo, era esclava de sus caprichos; y Agelio había conseguido solo hacerla más escéptica en la idea de que no existía ningún objeto más digno de su culto. A lo menos, así lo creía ella; y calificaba de vana fantasía querer buscar el bien en otra parte, añadiendo que si la vida era corta, nada más acertado, como su hermano decía, que sacar de ella el mejor partido posible.

Entre tanto, ¿qué se había hecho Agelio? Debía pasar algún tiempo antes de encontrarse capaz de moralizar sobre nada. Su fiel esclavo le llevó con mucho trabajo á la cabaña y le tendió en el lecho. Luego, como bastante conocedor de las enfermedades del país, aunque en el caso de Agelio se trataba de algo más que de una fiebre ordinaria, le sangró, le administró una tisana de yerbas, y encomendó por lo demás su cura á la marcha lenta pero segura

de la naturaleza. La vida del joven corrió considerable peligro; pero la edad le favorecía mucho, y su criado no desconfió nunca de su restablecimiento. Por algunos dias Agelio estuvo ignorante de cuanto pasaba á su alrededor, sintiendo únicamente inquietud y tristeza, sin poder dormir, ó perseguido de horribles ensueños. Al fin, una mañana, mientras estaba tendido de espaldas y con los ojos cerrados en su lecho, le ocurrió preguntarse á sí propio, si llegaria por último el domingo. Tenia costumbre de recitar el primer dia de la semana algunas oraciones particulares y salmos, y unirse en espíritu con sus hermanos del otro lado de los mares. Trató, pues, de recordar el domingo anterior, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y acabó por creer que en muchos meses no habia habido domingo. De lo que no le quedaba duda era de que habia perdido la cuenta de los dias; por que hacia tiempo que no practicaba las muescas que le servian al efecto, y á menos que su esclavo Aspar no lo supiese, nadie estaba allí para decírselo. Su embarazo creció hasta el punto de parecer que le asediaba uno de los ma-

los sueños de otras veces; y sintiendo afectada su cabeza, se vió obligado á renunciar á tal investigacion.

Desde entonces empezó á dormir mejor durante algunos dias; despertaba mas tranquilo, y se halló en disposicion de inquirir por qué estaba en la cama y qué le habia sucedido. En seguida la memoria le volvió poco á poco, semejante á la aurora que anuncia el dia, y recordó, punto por punto, la causa y las circunstancias de su reciente visita á la ciudad, experimentando al principio asombro, y no quedándole luego duda de ello. Se acordó del Foro, y por consiguiente del edicto; entonces una emocion solemne y abrumante se apoderó de él, y por el momento no se atrevió á pensar mas. Cuando se calmó quiso continuar reseñando los acontecimientos de aquel dia, pero no le fué posible. Todo se le presentaba oscuro, y apenas tenia una idea vaga de que habia sentido sed, que alguno le habia dado de beber, y que él habia repetido con el salmista: *Transivimus per ignem et aquam.*

Abrió los ojos y miró á todas partes. Estaba en su casa, y á la cabecera del

lecho habia una persona inclinada hácia él, pero cuyas facciones no podia distinguir. Como se encontraba aun demasiado débil para incorporarse y examinarla de cerca, aguardó con paciencia, ademas de que su postracion le impedia sentir grande ansiedad en el particular. Oyó entonces una voz que le dijo:

—Tu salud va mejor, hijo mio.

—¿Quién eres? preguntó Agelio bruscamente.

La persona que habia hablado acercó la boca al oido del enfermo, y susurró varios nombres santos. Agelio habria saltado de la cama si se hubiera encontrado con bastantes fuerzas; pero lo que hizo fué hundirse en su lecho de juncos no sin mucha agitacion.

—No quieras saber mas ahora, dijo el extranjero; conténtate con alabar á Dios como yo le alabo. Sabes lo suficiente para el estado de debilidad en que te ves, y ese es tu acto de obediencia por hoy.

Era una voz grave, clara, tranquila y llena de autoridad. En su presente situacion costó poco á Agelio, como hemos dicho, mortificar su curiosidad. Los acentos de aquella voz le calmaron,

y el misterio inundó su alma de ideas agradables y halagüezas. Ademas, no habia ningun misterio en cuanto al principal punto, pues era indudable que tenia cerca de sí á un sacerdote cristiano.

El extranjero se ocupó cierto espacio de tiempo en leer las oraciones de un libro que llevaba consigo, entregandose despues á los cuidados que exigia el enfermo. Roció con vinagre la cara de Agelio y el cuarto, y le dió á comer de una fruta refrigerante. Impedia que le molestasen las moscas, y procuraba acostarle de la manera menos incómoda posible. Jamas dejaba de renovar el aire del cuarto por la mañana y por la noche, escluyendo el sol abrasador de mediodia. En estas varias ocupaciones se hallaba á veces á alguna distancia del paciente, que podia así observarle. Era de mediana estatura, derecho y bien proporcionado, y vestia una túnica parda, como los esclavos labriegos. Su rostro era mas bien redondo que largo; sus cabellos negros, empezando á blanquear, y tenia la parte superior de la cabeza calva ó con tonsura eclesiástica, la barba corta y el color de la tez muy claro. Pero lo mas admirable en él

eran los ojos, de un azul pálido ó gris trasparente, y que brillaban como piedras preciosas.

Desde el día en que se cruzaron sus primeras palabras, el eclesiástico recitaba de tiempo en tiempo algunas breves oraciones con Agelio, tales como la oración dominical y fragmentos de los salmos. Después, cuando el estado de convalecencia del último le permitió conversar, quedó sorprendido al ver la suma delicadeza de maneras del extranjero. Eran estas circunspectas, tranquilas, nobles, tiernas, fáciles y naturales, y le permitían decir cosas severas y hasta duras, sin asustar, ofender ni repeler al que le escuchaba. Hablaba muy poco de sí mismo, aunque de vez en cuando la conversacion dejaba entrever algunos pormenores de su vida. Dijo que se llamaba Cecilio. Aspar, siempre que entraba en el cuarto, quería echarse á sus piés y besar su sandalia; pero el eclesiástico ordinariamente se lo impedía.

Al contrario de Cecilio, Agelio encontraba cierto consuelo en referirle su historia, esponiéndole sus sentimientos y reflexiones. Mientras estuvo en cama,

hablaba, ora consigo mismo, ora con el extranjero; ya exigiendo respuesta, ya no. Un día, después de un largo silencio, preguntó de improviso si un hombre podía ser bautizado dos veces; y al oír la contestacion negativa del eclesiástico, Agelio observó que, en ese caso, juzgaba que valia mas no ser bautizado hasta la hora de la muerte. Era, añadió, una cuestion que habia suscitado muchas dudas en su espíritu, y de la que no se le habia ofrecido ocasion de hablar con nadie.

Cecilio respondió:—Pero, ¿qué seguridad tienes de poder recibir ese sacramento á la última hora? Será fácil que el agua y el ministro no lleguen á tiempo, y entonces, ¡ay de tí, hijo mio! Por otra parte, ¿cómo sabes que lo desearias? ¿Eres tú el único dueño de tu voluntad? *Carpe diem* (1); acepta el don de Dios mientras está en tu mano.

—El beneficio es tan inmenso, contestó Agelio, que se desearia, si posible fuese, conservarlo en toda su plenitud para entrar en el otro mundo: lo cual no es dable, si corre un largo plazo del bautismo á la muerte.

(1) Aprovecha la ocasion.

—Eres, pues, del número de aquellos, dijo Cecilio, que quisieran quitar á su Hacedor el derecho que tiene sobre sus vidas, si pudiesen (como se ha dicho) engañar al diablo en sus postreros instantes.

Agelio permaneció silencioso, y Cecilio continuó:

—Deseas gozar en este mundo y heredar en el otro; ¿no es así?

—Padre mio, me siento confundido; mi cabeza está débil, y no sé qué decir. En seguida añadió: ¡El pecado despues del bautismo es tan horrible! ¡No hay *segundo* baño que lo lave; y ademas, pecar contra el bautismo es tan *gran* pecado!

—Por medio del bautismo, dijo el eclesiástico, Dios se convierte en tu Padre, en tu Dios, en objeto de tu culto, de tu amor. . . . ¿Irias á renunciar á todo esto por toda tu vida? ¿Querrias vivir sin Dios en este mundo?

El llanto brotó de los ojos de Agelio y se le oprimió la garganta; por último, dijo distintamente y con ternura:

—No.

Al cabo de un rato, el eclesiástico prosiguió:

—Supongo que lo que temes es el juicio y la prision, mas bien que la muerte misma.

—Sé, mi querido Padre, contestó el enfermo, que no me asiste ningun derecho para contar con nada ni para prometerme cosa alguna; sin embargo, jamas he temido el infierno. Convengo en que debia temerlo; pero no ha sido así; y aunque merezco cuanto hay de peor, siempre he creido que Dios me guiaria. Es lo que acostumbra hacer.

—No cabe duda, pues, dijo Cecilio, de que lo que temes es el juicio, y que por eso quisieras diferir el bautismo.

—No he dicho que lo *quisiera*, replicó Agelio; limitábame á pedirte una esplicacion.

—¿Qué preferirias, Agelio? ¿vivir sin Dios en este mundo, ó ser condenado al fuego eterno en el otro?

Agelio se sonrió y contestó con voz débil:

—Dios es parte integrante mia en este mundo y en el otro; por tanto, si me aguarda el fuego eterno, *El* me seguirá allí.

Agelio permaneció tranquilo por algunas horas, y parecia estar durmiendo,

mas de repente volvió á tomar el hilo de la conversacion.

—Me bautizaron, dijo, á la edad de seis años, y me alegro que no califiques de caprichoso ni de culpable aquel acto. No me es dado espresarte lo que entonces sentí, continuó al cabo de un momento; era un ardor inesplicable, que no he vuelto á experimentar despues. ¿Qué dice nuestro Señor? No recuerdo bien: *Novissima pejora prioribus* (1).

Otro dia prosiguió el curso de su pensamiento, ó mas bien de su raciocinio; pues en cuarto al pensamiento en sí parecia ocupar constantemente su espíritu.

—Mi primavera ha pasado, dijo, y no tengo verano; mas aún, no he tenido primavera; aquello fué un dia, no una estacion; no hizo mas que presentarse y desaparecer. ¿Dónde me encuentro ahora? ¿Puede reproducirse la primavera? Desearia empezar de nuevo seriamente.

—Da gracias á Dios, hijo mio, respondió Cecilio, por la gran misericordia que ha usado respecto de tí; pues,

(1) El último estado es peor que el primero.

aunque se entibiase tu celo, no te has separado nunca de la paz de la Iglesia. No has renegado de tu Dios.

—Agelio suspiró amargamente.—¡Oh! ¡padre mio! dijo, *Erravi, sicut ovis, quæ perit* (1). Poco ha faltado para que renegase de El, á lo menos en los actos exteriores. No me conoces, y así ignoras lo que acaba de sucederme, ni yo me atrevo á dirigir la vista hácia atrás por la debilidad de mi corazon. Padre mio, ¿cómo he de arrepentirme de lo que ha pasado, cuando no me atrevo á pensar en ello? Semejante pensamiento equivaldria á pecar otra vez.

—*Puer meus, noli timere*, respondió el eclesiástico; *si transieris per ignem, odor ejus non erit in te* (2). En la penitencia la gracia de Dios te conducirá incólume al través de las ideas y palabras que en otras circunstancias te serian dañosas.

—¡Ah! ¡sí, la penitencia! dijo Agelio; recuerdo el catecismo. ¿No es la penitencia una nueva gracia, una tabla de

(1) He andado errante como una oveja perdida.

(2) Hijo mio, no temas; si pasares al través del fuego, su olor no se te comunicará.

salvacion despues del bautismo? ¿Puedo esperar obtenerla?

—No estás aun bastante fuerte para pensar en esas cosas, respondió Cecilio. Si Dios quiere que te mejores, examinarás tu vida entera y la espondrás á sus ojos; y él, por mi ministerio, te purificará de toda mancha. Debes darle gracias, pues que te ha dejado llegar hasta este punto.

Era demasiado para el débil enfermo, el cual espresó su dicha interior con un copioso llanto.

Otro dia, habiéndose sentado en la cama, notó que estaba mudando la piel de las manos y de los lábios, y que se le caia el cabello. Esto le hizo decir, sonriéndose: *Renovabitur, ut aquila, juvenus mea* (1).

Cecilio le respondió como otras veces, usando de palabras sagradas, nuevas en su mayor parte para Agelio:

—*Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem; assument pennas sicut aquilæ* (2). *¡Sursum corda!* Tu corazon se elevará Agelio.

(1) Mi juventud se renovará como la del águila.

(2) Los que esperan en el Señor, hallarán nuevas fuerzas; tomarán alas como águilas.

—*¡Sursum corda!* exclamó el jóven; conozco esas palabras. Son á modo de antiguos amigos. . . ¿dónde las he oído? No recuerdo, pero pertenecen á las memorias de mis primeros años. ¡Ah! padre mio, mi corazon, no obstante, está acá abajo y no allá arriba. Necesito descubrirte todo. Necesito hablarte de la persona que ha esclavizado mi corazon, impidiendo que sea todo de mi amor verdadero; y sin embargo, no me atrevo á nombrártela, por temor de perderme. ¡Oh! me avergüenzo de confesarlo. ¡Es pagana! ¡Tenga Dios misericordia de su alma! ¿Se apiadará el Señor de mí y no de ella? *¡Investigabiles viæ ejus* (1)!

Despues de unos minutos de silencio, continuó:

—Padre mio, me propongo consagrarme á Dios enteramente con el socorro de su gracia. Quiero ser suyo y El será mio. Nadie mediará entre ambos; pero, ¡ay! ¡mi corazon es tan débil. . . !

—Guarda tus buenas resoluciones para cuando estés mas fuerte, dijo el

(1) Sus vías son impenetrables.

eclesiástico, pues es fácil tomarlas cuando uno se siente enfermo. Debes ante todo *llevar cuenta de las cargas*.

Agelio se sonrió.

—Conozco el versículo, padre mio, dijo; y citó el testo sagrado: “Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun tambien su vida, no puede ser mi discípulo.”

Otra vez Agelio dijo:

—¡Los mártires!... Me acuerdo que cuando el anciano obispo hablaba de ello, aludía á un segundo bautismo, y lo llamaba bautismo de sangre, añadiendo: “¡Que su alma esté con los mártires!” Padre mio, ¿ese bautismo no podría lavar, como el primero, todos los pecados?

Esta vez fué Cecilio quien se sonrió, y sus ojos brillaron como los zafiros de la Ciudad Santa; parecia el ideal de aquel que

“Llamado á hacer frente á algun acontecimiento terrible, que, por decreto del cielo, es origen de grandes consecuencias buenas ó malas para el género humano, se encuentra feliz como un aman-

te, y ceñido de súbita brillantez como un hombre inspirado.”

Sin embargo, pronto consiguió dominarse, y dijo:

—*Quo ego vado, non potes me modo sequi; sequeris autem postea* (1).

CAPITULO XIV.

Estas conversaciones amistosas, cada vez mas frecuentes, continuaron por espacio de una semana, hasta que Agelio pudo pasear apoyado en algo y dejar la cabaña. El eclesiástico y el esclavo le tomaron consigo una tarde, y le sentaron á la vista del magnífico paisaje sobre el cual se proyectaban las largas sombras de las lejanas montañas que veian desaparecer tras sí al sol. El aire estaba lleno de mil perfumes: el brillante colorido del cielo por la parte del Oeste formaba contraste con los tintes mas oscuros pero variados de la

(1) Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás despues.